

CAPITULO VI

María, bien diferente de Agar, que no quiere ver morir á su hijo, debe ser espectadora de la muerte de Jesucristo. Su viaje al Calvario y su encuentro doloroso con su Hijo. Su actitud, muy diferente de la de Jacob cuando ve la túnica ensangrentada de José. Prodigio de la fortaleza de María.

Si se hubiera tratado de una madre como las demás, la caridad que condujo á las santas mujeres al Calvario debiera haber alejado de él á María. Lo que para los discípulos fué un acto de generosidad, podía parecer un rasgo de dureza en María. No es conforme á las reglas ordinarias de la sociedad que una Madre sea espectadora del suplicio de un hijo á quien no puede dar ningún socorro, y esto por temor de que la vista de una madre, sumergida en una aficción profunda, aumente los tormentos del hijo, ó la vista de los dolores acerbos del hijo atormenten las miradas y el corazón de la madre.

Por esta razón, Agar, sierva de Abraham, habiéndole faltado el agua al atravesar el desierto de Bersabé, y viendo á su hijo Ismael reducido á la agonía por el ardor de la sed, se dice entonces á sí misma: «Si yo no puedo darle ningún socorro, ¿para qué lo he de tener en mis brazos? Si él debe morir infaliblemente, ¿qué necesidad hay de que mis ojos maternos se atormenten con el espectáculo doloroso de su suerte

cruel? ¡Ah! Yo no tengo corazón para ver morir á mi hijo (1)». Y diciendo esto, coloca al hijo al pie de un árbol, lo deja allí moribundo, y se retira á la distancia de un tiro de saeta (2). Sentándose allí sobre una piedra y abandonándose al más amargo dolor, hace resonar los aires en contorno con sus profundos gemidos y sus gritos de dolor (3).

Tal fué la conducta de la madre de un simple hombre; pero la Madre de un Hombre que al mismo tiempo era Dios, no debía obrar así. Como Madre de Dios, tiene María obligaciones de que están dispensadas las demás mujeres, y lo que en otra madre no hubiera parecido conveniente, era un deber para María. Ella ha recibido su Hijo de una manera particular, y, por consiguiente, debe perderle también de un modo especial, Jesucristo no muere por necesidad como los demás hombres, y, por consiguiente, María debía conducirse en esta muerte de diferente manera que las demás madres. En el Calvario todo debe ser grande, extraordinario, misterioso, sublime y digno de la Víctima que se sacrifica. Por esta razón debía María hallarse presente á la muerte de Jesucristo, á fin de que pudiese reconocerse la divinidad del Hijo en la conducta heroica, extraordinaria y maravillosa de María asistiendo á

(1) Cumque consummata esset aqua... dixit. Non videbo morientem puerum. (*Genes.*, XXI, 15, 16.)

(2) Abjecit puerum subter unam arborum, et abiit procul quantum potest arcus jacere. (*Genes.*, XXI, 15, 16.)

(3) Et sedens contra, levabit vocem suam, et flevit. (*Genes.*, XXI, 16.)

su muerte. Apenas el único discípulo que en todo el discurso de la pasión de su divino Maestro no la ha perdido de vista, apenas San Juan hace saber á María que el juez inicuo que había declarado solemnemente la inocencia de Jesús acaba de condenarle á muerte, y que ya su amado Hijo, cargado con el peso de su cruz, camina hacia el Calvario, cuando Ella exclama: «¡Ya llegó el tiempo, ya llegó el día, ya llegó la hora de los divinos misterios! Padre eterno, que muera mi Hijo único, supuesto que vuestra gloria lo exige, que vuestra justicia lo quiere y la salvación de los hombres lo pide; pero que muera á mi vista, que Yo le vea terminar esa vida que Yo misma le di (1).»

Cuando Jesucristo llenaba la Palestina de los beneficios de su amor y de la fama de sus milagros; cuando los pueblos corrían en pos de El, proclamándole el enviado del cielo para consuelo de la tierra; cuando Jesús entró triunfante en Jerusalén en medio de las aclamaciones y de los gritos de alegría de una turba entusiasmada, no se hallaba María á su lado; Ella se alejaba y se ocultaba á sus miradas, temiendo que algún rayo de la gloria del Hijo viniese á reflejar sobre su Madre. Pero cuando este mismo Hijo va á terminar su vida en un patíbulo con la muerte más ignominiosa y más cruel; cuando es necesario participar de sus penas y de sus tormentos, se deja ver María. Ella renuncia voluntariamente á la gloria y á la inocente sa-

(1) Videbo morientem puerum.

tisfacción de ser tenida por la Madre afortunada de un Profeta; mas no puede renunciar á la ignominia y al dolor de ser tenida por la Madre de un miserable condenado á muerte; y la prontitud con que corre á presenciarse y á participar del suplicio de su Hijo es igual á las precauciones que toma para permanecer desconocida cuando se trata de su triunfo (1).

Ved aquí, pues, que abandona su soledad como la Esposa de los *Cantares*, verdadera figura de María, y recorre las calles y las plazas de Jerusalén, impaciente por encontrar el amor de su corazón, que camina al suplicio (2). La ciudad está casi abandonada y desierta. Todo el pueblo corre en masa y se precipita hacia el lugar de los ajusticiados, llenando los aires de los gritos de gozo feroz. María oye desde lejos este sombrío rumor y este ruido siniestro; este ruido la guía, pero lo que la guía todavía mejor y le señala el camino que debe seguir, es el rastro terrible que deja su Hijo en su penoso camino, marcando la tierra que pisa con sus caídas y con su sangre.

Poco se necesita para que oiga el eco terrible de la trompeta que le precede y publica el pretendido delito y la atroz sentencia, y muy poco después sale El mismo á su encuentro. Pero ¡ay! la profecía de Isaías se ha cumplido; ni aun siquiera le queda ya figura humana (3). Su frente, rodeada de una corona ignominiosa

(1) Videbo morientem puerum.

(2) Circuibó civitatem. (*Cant.*, III, 2.)

(3) Vidimus eum, et non erat aspectus. (*Is.*, I, III, 2.)

y cruel de agudas espinas que , atravesando las sienas, dejaban ver sus puntas ensangrentadas ; sus ojos , bañados en las lágrimas que ha derramado por el deicidio de Jerusalén, están también inundados de sangre; su rostro está lívido y desfigurado, su pecho está acribillado de heridas, y todo su cuerpo sajado por los azotes. Lánguido, desfallecido y jadeando bajo el peso de su cruz, camina lentamente entre los insultos del pueblo. Empujado cruelmente por sus verdugos, va subiendo con trabajo la pendiente rápida del Calvario. ¡Oh encuentro! ¡Oh vista! ¡Oh espectáculo desgarrador para el corazón de una Madre!

La Escritura dice que Jacob, al ver la túnica ensangrentada de su hijo José, lanzó gritos de dolor, desgarró sus vestiduras, derramó un torrente de lágrimas, cayó en una tristeza profunda y no quiso recibir consuelo alguno (1). ¿Qué hará, pues, María al ver, no los vestidos, sino el cuerpo mismo de su Hijo, sajado de heridas y cubierto de sangre?

Un escritor, que ha hecho una descripción minuciosa de todos los lugares que fueron el teatro de la pasión dolorosa del Hombre-Dios, asegura que se ven todavía en el Calvario las ruinas de una iglesia, llamada en otro tiempo *Santa María del Pasmó*, y una senda que se llama todavía hoy *el camino de la Amar-*

(1) Quam cum agnovisset pater, dixit: Tunica filii mei est, fera pessima devoravit Joseph; scissisque vestibus... lugens filium suam multo tempore... noluit consolationem accipere. (*Genes.*, xxxvii, 33, 34, 35.)

gura, porque, según se dice, allí fué donde, encontrando María á su Hijo en un estado tan lastimoso y en una situación tan cruel, cayó desvanecida, no pudiendo resistir la violencia de su dolor. Mas sin admitir la tal caída, que muchos graves escritores desechan como indigna de la Madre de Dios, de María, que toda debía ser constancia, fortaleza y grandeza de alma, es indudable que á esta vista su sangre se heló en sus venas, que todas sus entrañas se conmovieron de pena, que su corazón se partió de dolor, y que, por consiguiente, quedó algún tiempo inmóvil y privada de sus sentidos, pero no de su razón.

Jamás se dominó tanto á sí misma, jamás pareció tan magnánima ni tan sublime como en este instante en que fué la más abrumada de dolor. Los ojos de la Madre encuentran los del Hijo; ellos se miran mutuamente; sus corazones conmovidos se comunican sus pensamientos con un lenguaje secreto y misterioso. En medio de tantos dolores, la vista de tanta firmeza en una Madre enternece los corazones más duros, como dice San Bernardo. Los espectadores no pueden dejar de mezclar sus lágrimas con las de las hijas de Jerusalén, á las que Jesucristo había prohibido compadecerse y llorar por El (1). Y cuando, al ver la violencia de sus dolores, todos estaban conmovidos, todos daban gemidos. Ella era la única que no lloraba, la única que padecía con calma y con resignación. Bien diferente de

(1) Multos etiam invitos ad lacrimas procurabat; omnes plorabant qui obviabant ei. (*S. Bernard.*)

Jacob, no deja ver un movimiento, una señal, una palabra ni una lágrima de dolor; no hace siquiera una reconvención á la ingrata Sinagoga, que le devuelve su Hijo en un estado tan lamentable y tan diferente de aquel en que María se lo ha entregado. Ella no deja oír una sola queja sobre el odio infernal de sus acusadores, sobre la injusticia de los magistrados, sobre la barbarie de los verdugos ni sobre el ciego furor del pueblo. Ella no intenta siquiera lo que otra madre no hubiera podido dejar de hacer, esto es, precipitarse á través de la turba y penetrar hasta su Hijo, para estrecharlo contra su corazón y ofrecerle algún consuelo. Por el contrario, reprimiendo la vehemencia de su ternura maternal, herida tan profundamente, dominando su afecto y su dolor, y concentrando en el fondo de su corazón despedazado todas las angustias que la traspasan y toda la tristeza que la abruma, acompaña á Jesús en silencio, como Abraham acompañó, dice San Ambrosio, á su hijo Isaac hasta el lugar de su sacrificio (1). Además, como Ella es la primera de los predestinados, es también la primera, añade un santo abad, en recorrer el camino; y practicando el Evangelio antes de su promulgación, Ella es la primera que, según el precepto de Jesucristo, toma su cruz y le sigue al Calvario para ser crucificada (2).

Por consiguiente, si Jesucristo nos manifiesta que

(1) Abraham Isaac, Maria comitabatur Filium. (*S. Ambros.*)

(2) Tollebat et Mater crucem suam et sequebatur eum, crucifigenda cum ipso. (*Guillelm. Abb., in Cant. 7.*)

no se puede ir al cielo sino por el camino del Calvario y siguiendo las pisadas ensangrentadas del Hijo de Dios, María nos muestra también que no se puede llegar á Jesucristo sino siguiendo las pisadas en compañía de su Madre; y que siguiéndola fielmente por el buen olor de sus virtudes, se sale al encuentro de Jesucristo, que en el camino andado por María es donde se encuentra á Jesús. Y, en efecto, la turba gloriosa de esas vírgenes heroicas que, según la profecía de David, caminarán por las pisadas de María, encontrarán á Jesús, el verdadero Rey de gloria, se presentarán á El, y El las acogerá, y en pos de María, su guía, seguirán al Cordero por todas partes (1). María, por consiguiente, á un tiempo mismo engendra hijos para la Iglesia por el heroísmo de su caridad, y los conduce y los guía por la sublimidad de su ejemplo. Ella muestra y prepara el camino á los hijos de su amor y de su dolor, á quienes ha procurado la vida.

(1) Adducentur Regi virgines post eam; proximæ ejus afferentur tibi. (*Psalm. XLIV, 15.*)